

8. Cristo nos llama primeramente a Sí

La vida reencontrada, la vida ganada, es la vida *redimida*, “vuelta a comprar” por el Resucitado. Y Cristo nos pide y concede el seguirlo, haciendo experiencia de este misterio aquí y ahora, de este renacimiento del “yo” que solo Cristo hace posible, en las circunstancias de la vida, en nuestras cruces.

Cuando Pedro se opuso a la pasión, muerte y resurrección de Jesús, se opuso a esta experiencia, a la experiencia que debía hacer él mismo, Pedro; se opuso a la Redención. Se opuso a que Cristo descendiese a los infiernos para redimir su humanidad, su vida. Se opuso a aquella renovación total de su “yo” que solo Jesús podía ofrecerle. Se opuso de este modo a la fascinación que desde el inicio le hizo enamorarse de Jesús, y le dio la libertad y la audacia de renunciar a todo por Él. Pero en aquel todo no estaba aún él, él mismo, Simón hijo de Juan, con todo lo que era o no era.

Es increíble cómo a los ojos de Jesús la resistencia de uno solo era un escándalo para toda la obra de la Redención. Fue como si Pedro hubiese tenido el poder de resistir no solo a la redención de sí mismo, sino a la redención del mundo entero. Esto, no solo porque era Pedro, y acababa de ser instituido “piedra” de la Iglesia, porque al límite Jesús habría podido reemplazarlo por otro, pero es tal el amor que Cristo tiene por cada ser humano, que uno solo que rechaza la salvación le hace sufrir tanto como si todos la rechazaran. Jesús murió por cada hombre, ha derramado toda su sangre por cada hombre en particular. Porque Él es verdaderamente consciente de lo que dice: que una sola vida, un solo corazón, vale más que el mundo entero (cfr. Mt 16,26), porque lo vale a los ojos de Dios, en el pensamiento de Dios, en la relación que Dios tiene con cada persona por el hecho mismo de que la crea, de que la quiere, de que le da la libertad, de que no queda en paz hasta que se salve, hasta que no vuelva a la casa del Padre.

Por esto, para ser serios con nuestra vocación, primeramente bautismal, pero inicialmente como seres humanos – porque en toda forma de vocación se da esto que está en juego: nuestra persona y toda la humanidad en cuanto creada y redimida – para ser serios con nuestra vocación y, por lo tanto, para vivirla de verdad, con verdad, es decir, con fidelidad, el primer paso es el sentido de nuestro “yo”, el sentimiento de nosotros mismos que el encuentro con Cristo, con Su mirada, con Su palabra, reclaman en nosotros, llaman en nosotros.

Toda vocación es llamada, es un reclamo, pronuncia un nombre, me llama. No me llama primeramente a algo, a hacer algo, ni tampoco a convertirme en algo o en alguien. Me llama a mí, y llamándome desencadena en mí un sentido de mí mismo que antes no sentía, que antes no conocía. Es tan importante este punto – y la Biblia lo ilustra de comienzo a fin, en los patriarcas, en los profetas, en los jueces, hasta los apóstoles, a todos los discípulos, a todas las mujeres y hombres con los que Cristo se ha encontrado, y después san Esteban, san Pablo, y todos los cristianos de las primeras comunidades –, es tan importantes este punto que es como si todo lo demás fuese secundario, una consecuencia que se da por sí misma. Si el yo responde, si el yo reacciona, si se deja investir, si el yo dice “¡Aquí estoy!”, es decir: “¡Heme aquí, soy yo,

aquí estoy!", como María, el Espíritu lleva todo a cumplimiento, desarrolla todo, desempeña toda la misión que la vocación comporta.

Visitaba una vez una comunidad frágil y complicada, complicada por el temor a dejarse ayudar, también porque fue muy descuidada en el pasado. La primera noche, junto con quien me acompañaba en la visita, nos sentíamos depresivos. La cosa había comenzado mal, y sentíamos las puertas cerradas como antes de haber entrado.

Pero a la mañana siguiente, el Evangelio de la Misa del día era el comienzo del capítulo 10 de Mateo:

"Y llamando hacia sí a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce Apóstoles son éstos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el Cananeo y Judas el Iscariote, el mismo que le entregó" (Mt 10,1-4)

Lo que me juzgó rápidamente, pero también reconfortó en la circunstancia que vivía en aquella comunidad, fue que todo comienza por la llamada que Jesús nos hace de ir hacia Él: "Llamados hacia sí – *proskalesamenos* – *convocatis*". Es la primera llamada, la primera vocación, aquella en la que se debe jugar primeramente y esencialmente nuestra libertad. Responder a la invitación que Cristo nos dirige de ir hacia Él, de llegar a su presencia. Toda la libertad se juega allí, y todo lo demás es una consecuencia. ¡Y qué consecuencia! "Les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia". ¡Perdonad si esto es poco! Y seguidamente, como si no fuese suficiente, especifica y recarga la dosis del poder sobrehumano que da a sus discípulos: "Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios" (Mt 10,8a). Y, para que no pierdan la conciencia de que todo esto no es más que una consecuencia gratuita de la respuesta a una invitación gratuita, dice: "Dad gratis lo que habéis recibido gratis" (10,8b).

Así pues, esta llamada me juzgaba y corregía porque el día anterior, y la noche, no había estado ante la situación de aquella comunidad con esta conciencia, determinado por este acontecimiento de un Dios que se ha hecho presente para podernos llamar hacia Sí, para convocarnos a Él con la sencillez de una mamá que llama a casa a los niños que están jugando fuera o con la sencillez de un amigo que te invita a entrar a beber algo a su casa.

Yo, y quien me acompañaba, pasamos a las consecuencias necesarias saltando las premisas, saltando la fuente, el origen de las consecuencias necesarias. Y así, haciendo esto nos erigimos en manantial de aquellas consecuencias, y nos sentimos rápidamente áridos, secos, estériles, incapaces de asegurar ni siquiera una milésima de lo que aquella situación requería. ¡Menos mal! Al menos tuvimos la verdad del sentimiento de impotencia y de relativa tristeza, es decir: al menos no nos mintió el corazón. Pero la tristeza hubiera permanecido, también ella estéril, si la gratuidad del misterio, a través de la Iglesia, en este caso de la liturgia, no nos hubiese propuesto de nuevo la llamada de Cristo hacia Sí, su convocatoria a ir tras de Él con el corazón vacío, con la tristeza vivida con verdad, como necesidad de Otro.